

www.puntodelectura.com

SHARI ANTON

El esposo perfecto

punto de lectura



Shari Anton, nacida en Estados Unidos, se ha especializado en escribir historias de amor, ambientadas principalmente en la Inglaterra medieval. Entre sus títulos más exitosos destacan *El esposo perfecto* y *Mi enemigo, mi amor*.

www.sharianton.com

SHARI ANTON

El esposo perfecto

Traducción de Carmen Valle Simón

Título: El esposo perfecto

Título original: *The Ideal Husband*

© Sharon Antoniewicz, 2003

Libro publicado por acuerdo con Warner Books, Inc., Nueva York,
EE. UU. Todos los derechos reservados

Traducción: Carmen Valle Simón

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-1531-9

Depósito legal: B-5.043-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Portada: Ordaks

Ilustraciones de portada:

SUPERIOR: *Los bugonotes* por Sir John Everett Millais (1829-1886)

Makins Collection / The Bridgeman Art Library

INFERIOR: © Bob Krist / Corbis / Cover

Primera edición: marzo 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Agradecimientos

Quiero agradecer a los bibliotecarios de la New Berlin Public Library la paciencia, la cortesía y la diligencia con que pusieron a mi disposición los antiguos libros de historia que necesité para escribir esta novela. Animo a todo el mundo a visitar y apoyar las bibliotecas de su ciudad.

Capítulo 1

Inglaterra, 1333.

Cuando ya se divisaban claramente los blancos acantilados de Dover, Sir Geoffrey Hamelin se aferró al pasamanos de la galera de un solo mástil y rezó para que continuara la intervención de la divina providencia.

Se trataba de un hombre alto y corpulento, de músculos sólidos, cuyo tamaño por sí solo había bastado para mantenerle a salvo en las peligrosas callejuelas estrechas de París. No obstante, Geoffrey admitía su vulnerabilidad cuando se trataba de enfrentarse a la superioridad de la Naturaleza. Se hallaba ante un enemigo al que no podía derrotar, con el que sólo podía luchar hasta quedar en tablas. Y eso en el mejor de los casos.

Le resultaría doloroso y humillante vaciar sus entrañas en el agitado Canal de la Mancha, sobre todo cuando la tortuosa travesía se hallaba a punto de concluir y se encontraba en presencia de una de las más hermosas criaturas de Dios.

Había reparado en la hermosa dama en el momento en que embarcaron en Calais, cuando él todavía era capaz de percibir lo que sucedía a su alrededor. Ella poseía un aire muy

triste y, por lo que podía ver, se encontraba sola. Resultaba extraño que una dama viajara sin acompañante y eso le llamó la atención.

Había estado a punto de abordarla. Sin embargo, tras la desagradable experiencia de su primera y única travesía del Canal, se dirigió bajo cubierta para tener un poco de intimidad. Durante las escasas horas del humillante viaje a Inglaterra, prefería sufrir el mortificante malestar a solas en la bodega de carga, lo que fue un error de juicio. Tanto en cubierta como en el piso de abajo, le hervía el estómago.

Buscando desesperadamente distraerse, se permitió lanzar una mirada a la enigmática dama.

La misma brisa que enviaba a las olas a golpear contra la nave tiraba de su capa negra con capucha, ofreciéndole seductoras ojeadas de su elegante figura ataviada en seda escarlata. La capucha aleteaba en torno a su rostro de facciones clásicas, acariciado por cabellos que semejaban hilos de oro.

Al tiempo que admiraba su belleza, no pudo por menos que envidiarle el sentido del equilibrio. Una mano de delicados dedos se posaba serenamente en la batayola mientras que sus propios nudillos se aferraban hasta tornarse blancos.

Otra ola sacudió el barco y su estómago dio un vuelco poniendo a prueba su fuerza de voluntad. Aspiró una profunda bocanada de aire y fue capaz de hacer frente al desafío del Canal. Por esta vez.

Maldición, odiaba los barcos, casi tanto como odiaba la idea de abandonar París para regresar a la propiedad de su padre. Sólo por su hermana pequeña estaba dispuesto a sufrir de este modo, para asegurarse de que su inminente casamiento fuera con un hombre contra el que ella no albergara objeciones. Como su hermano mayor se encontraba

en Italia, le correspondía a él el deber de proteger a Eloise, si podía, de la avaricia de su progenitor.

La ley dictaba que una mujer no podía ser obligada a casarse sin dar su consentimiento, pero Geoffrey conocía demasiado bien el desdén de su padre por las leyes que no servían a sus propósitos. Bastaba ver cómo había tratado de forzar a sus otros hijos hacia caminos que o bien mejoraban su posición en la corte del rey Eduardo o bien engorrobaban sus arcas.

Disponiéndose a enfrentarse a una ola que se acercaba, apretó los dientes y aguantó las angustiosas subidas y los atroces descensos. Gotas de agua marina le salpicaron el rostro mezclándose con el sudor que se acumulaba en su frente y en su labio superior. La cabeza le daba vueltas y el mareo le debilitaba las rodillas, pero se resistía a rendirse.

Pronto la nave llegaría a puerto. Pronto posaría los pies en tierra firme. Hasta que llegara ese momento, lo único que podía hacer era aguantar.

Una delicada mano cubrió su enorme puño. La calidez de su tacto le hizo perder la concentración, el calor de ella se superpuso al frío que le resultaba necesario para mantenerse en pie y para que su estómago no se desbocara por completo.

—Os habéis puesto muy pálido, señor. Tal vez debierais ir bajo cubierta.

Geoffrey se encontró con unos preocupados ojos como piedras de ámbar, de un color tan puro y de una claridad tan cristalina que resplandecían. Era un movimiento audaz que una mujer abordara a un desconocido, en particular a alguien de su tamaño. Si ella no vacilaba en dirigirse a él, es que debía de presentar un aspecto lastimoso.

—Mejor el aire fresco que el hedor de abajo.

El olor acerbo de los barriles de pescado en salazón le había obligado a dirigirse a cubierta, donde sólo tenía que enfrentarse al aroma de algunos caballos que se apiñaban en un corral de bastas tablas.

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios, pero no alcanzó sus ojos. La tristeza que había notado anteriormente permanecía en ellos.

—Ah, os pido perdón. Con todo, temo que podáis perder... el equilibrio si seguís aferrado al pasamanos. ¿Puedo asistirlos de algún modo?

En París, donde podía ejercer todo su encanto, habría interpretado la oferta como un pretexto para conocer a aquella mujer tan atrevida. A pesar de encontrarse mal, se sentía atraído por ella, aparte de preguntarse por qué una mujer bella y refinada viajaba sola.

Sin embargo, a bordo de un barco, en el estado en que se hallaba, no había menester de más excusas para librarse de ella. Más valía comportarse de forma grosera que arriesgarse a arruinar su fina capa y sus zapatos de cuero.

—Alejaos, os lo ruego, si poseéis alguna sensatez.

Ella apartó su mano de la de él y dirigió una mirada a la costa, moviéndose tan sólo para complacer su petición de intimidad.

—En ese caso, más vale que me quede y os haga compañía —declaró—. En casa hay quienes están ansiosos por asegurarme que he perdido el seso completamente. Tal vez lleven razón.

Geoffrey sabía a qué se refería. En cuanto atravesara el umbral de Lelleford, lo más probable es que su padre cuestionara enérgicamente el juicio de un hijo que se había

vuelto un rebelde. Pese a todo, en lo profundo de su alma, él sabía que habría perdido la razón nada más tomar los votos y que no se había equivocado al rehuir el sacerdocio.

—Cada uno debe hacer lo necesario para mantener el cuerpo y la mente en un ánimo equilibrado, a pesar de la opinión de los demás.

—Mi padre no estaría de acuerdo.

Tampoco su propio progenitor lo estaría. De ahí que, cuatro años antes, Geoffrey hubiera abandonado Lelleford para dirigirse a París sin el consentimiento de su padre, y sin que éste lo supiera, y no había regresado desde entonces. De hecho, no le resultó fácil tomar la decisión de volver a casa para enfrentarse a la censura paterna. A punto estuvo de dar la vuelta en el muelle de Calais, su decisión debilitada por la visión del barco, sabedor de lo que le esperaba.

—Entonces, ¿por qué volver a casa?

Ella ladeó la cabeza.

—Si habéis de ser mi confesor, ¿podría conocer vuestro nombre?

Intrigado por lo que esta bella mujer estaba a punto de revelar, respondió simplemente:

—Geoffrey.

—Leah. ¿Volvéis vos también a casa, Geoffrey?

No tuvo oportunidad de contestar antes de que la cubierta se alzara para revolverle las traicioneras entrañas y golpear su dolorida cabeza.

La mano de Leah cubrió la suya una vez más.

—El oleaje se calmará a medida que nos acerquemos a la costa. Sólo tenéis que sufrir un poco más.

Otra aspiración profunda, otra victoria. Leah tenía razón. La galera navegaba hacia un puerto en calma. Tal vez

conseguiría alcanzar la orilla sin vaciar sus tripas. ¿Qué era lo que le había preguntado? Algo sobre el regreso a casa.

—Mi hermana está a punto de casarse.

—Una ocasión de gozo, entonces. —Le ofreció otra triste sonrisa—. En cuanto a mí, regreso a casa porque no tengo adónde ir. ¿Volveréis a Calais tras las nupcias?

A no dudarlo, tan pronto como le fuera posible, abandonaría el hogar de nuevo para regresar al continente, a pesar de la desagradable travesía que le separaba de su destino.

—A París, a mis estudios.

Ella asintió, dándole la impresión de que aprobaba sus planes. Ojalá encontrara la misma aprobación en su padre. Pero eso no sucedería nunca.

—¿Volveríais vos a Francia si pudierais?

Leah suspiró, apenas una pequeña exhalación.

—No, no debería haber ido nunca. Perseguí un bello sueño. Desgraciadamente, los sueños a veces se tornan en pesadillas.

—¿Qué sucedió?

Ella se encogió de hombros.

—Estaba enamorada. Pero él, no.

A pesar de que Leah trató de parecer resignada, él percibió el dolor que subyacía a sus palabras. Algún necio la había agraviado. El muy imbécil...

—En ese caso, estáis mejor sin él.

Leah sonrió ampliamente, de forma algo traviesa, revelando un espíritu pisoteado, pero no aplastado.

—Eso es lo que le dije a Bastian, de forma bastante mordaz. Les deseé a él y a su ramera la alegría de tenerse el uno al otro. Acto seguido, tiré las ropas de la meretriz por la ventana y a él le hurté el portamonedas. —Volvió la vista

hacia el mar. Sus dedos se asieron con mayor intensidad—. Agarraos.

Geoffrey aspiró profundamente. La ola golpeó la galería haciendo que se volviera hacia arriba, más alto que antes. Esta vez el descenso fue también más pronunciado y la nave se hundió en el agua en un ángulo más abrupto. Leah luchó por respirar y perdió el equilibrio. Cayó hacia el lado de Geoffrey y se aferró con los puños a su túnica. Él hizo todo lo que pudo para no caerse y para mantenerla a ella también en pie.

De debajo de la cubierta llegó un fuerte estallido que no auguraba nada bueno, seguido de un gemido lastimero. Después se hizo el silencio, como si el mundo contuviera el aliento. La bilis le subió hasta la boca, en parte por el mareo, pero sobre todo por la absurda certeza de que la nave estaba a punto de hundirse.

Mientras conservaba la firmeza, empujó a Leah al estrecho espacio entre sí y el costado del barco, para arrepentirse enseguida de su temerario impulso. Con los ojos muy abiertos y el ágil cuerpo inflexible, ella cuestionó su acción, un acto que no podía explicar porque él mismo no se hallaba muy seguro.

¿Deseaba protegerla de una amenaza desconocida cuando él mismo apenas podía mantenerse en pie? Más necio era él por creerlo.

Cerró los ojos cuando captó su esencia, el jabón con perfume de lavanda preferido de las damas en Francia. Un perfume fresco y agradable que estimulaba en gran manera sus sentidos.

Conocer a una mujer tan fascinante en circunstancias tan calamitosas le pareció terriblemente injusto.

Volvió su atención al brete en que se encontraban al observar las reacciones de la tripulación y de los otros pasajeros. En un silencio asombrado, cada uno se agarraba a una parte de la nave. Escuchando. Esperando.

Leah aflojó la presión sobre su túnica y aspiró profundamente.

—Siempre había tenido la intención... de aprender a nadar... pero no así.

Su intento de tomárselo a broma le hizo preguntarse si su reacción no había sido exagerada. El barco se inclinó ligeramente, pero el mástil y la vela se hallaban intactos. La mar estaba lo suficientemente picada para hacer que se mareara, aunque seguramente no para hundir una nave tan marinera.

No obstante, algo extraño había sucedido en las entrañas del barco, algo que había provocado daños. Pero ¿en qué cuantía?

Daba la sensación de que habría que nadar mucho para alcanzar la orilla y la seguridad.

—Si fuera necesario, hay botes.

—Cada barco transportaba uno o dos botes pequeños que se usaban para transportar a la tripulación o la carga de la nave hasta la orilla en los puertos sin la profundidad necesaria para que las naves grandes atracaran en los muelles—. Todo irá bien, os lo juro.

Un fragor semejante a un trueno retumbó en todo el barco.

Entonces estalló el caos.

Los caballos encerrados en cubierta relincharon asustados. Los oficiales ordenaron a gritos a la tripulación que se apresurara bajo cubierta para achicar agua. Algunos marineros

se deslizaron por la escotilla antes de que otra ola golpeara el casco, lo que hizo escorar el barco de modo peligroso.

Geoffrey se aferró a la batayola con todas sus fuerzas, impidiendo que tanto Leah como él mismo cayeran por la inclinada cubierta. Por el rabillo del ojo, vio las ratas que salían en tropel de la bodega y a los marineros que tiraban violentamente de la lona que cubría tres botes apilados uno sobre otro.

Luchando para no dejarse llevar por el pánico, Geoffrey empujó ligeramente a Leah.

—A los botes. ¡Ahora!

Nadie dio la orden de abandonar el barco, pero no fue necesario. Tanto los pasajeros como la tripulación se lanzaron hacia los botes, gritando y empujándose presas del pánico. Un hombre perdió el equilibrio y se deslizó por la escorada cubierta. Geoffrey no se detuvo a ver hasta dónde llegaba. Se dispuso a dar pasos cubierta arriba con extremo cuidado, decidido a conducir a Leah hasta uno de los botes con toda celeridad.

El sabor penetrante del humo agudizó su zozobra. Le lloraban los ojos y se le revolvió el estómago. Leah era toda un temblor.

—Sólo unos pasos más y alcanzaremos la escala —dijo, dando ánimos a la joven y a sí mismo—. Los botes se encuentran ya en el agua. ¿Podéis verlos?

—Sí.

Junto al primer grupo de hombres ansiosos por saltar por la borda y descender por la escala, Geoffrey gritó:

—¡Abrid paso! ¡Haceos a un lado para que pase la dama!

Como el hombre que se hallaba delante no se movió, le agarró por el hombro y le propinó un tirón.

—¡Apartaos!

Éste se volvió, con los ojos muy abiertos por el terror y el puño alzado.

—¡Que espere su turno como cada cual!

Leah retrocedió apenas un paso, buscando socorro ante la violencia de aquel patán. Geoffrey deseó poder lanzarlo por la borda, sólo por haberla asustado.

En un tono de mando que hacía años que no usaba, y que había esperado no volver a usar, le ordenó:

—¡Apartaos! ¡La dama descenderá primero!

—¡Después de mí!

—¡Miserable!

El puño dirigido a la barbilla de Geoffrey no alcanzó su objetivo. Todo el entrenamiento que había soportado en la liza de su padre, las interminables horas de práctica con las armas y de aprendizaje de tácticas de lucha se impusieron. Cambiando ligeramente de postura, esquivó oportunamente el golpe y con un certero empujón envió al hombre de bruces a la cubierta.

Del bote llegó un grito:

—¡Queda sitio para uno más! ¡Que baje la dama!

Agradecido por la oportuna orden del marinero, Geoffrey empujó a Leah hacia la escala. El grupo de hombres se escabulló para encontrar lugar en los otros botes. El humo espeso se arremolinaba ya en el aire, aunque no oía el chisporroteo del fuego.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Leah.

—¿Qué será de vos?

—Hay otros botes —le dijo, esperando ocultar su miedo de forma que ella no lo notara.

—Venid conmigo.

Geoffrey miró hacia abajo. Como había afirmado el marinero, no quedaba sitio más que para una persona y ese lugar le pertenecía a Leah. Cualquiera de los hombres que le devolvieron la mirada desde abajo, sin duda cuidaría de ella hasta que se encontrara a salvo en la orilla.

—No hay sitio. —Le dio un abrazo fuerte y breve, al que ella respondió con entusiasmo, por lo que se sintió reconfortado. En otro lugar, en otras circunstancias..., pero el condenado barco se hundía—. Además, yo sé nadar. Os veré en la orilla.

—Prometedlo.

—Por mi honor. Ahora, ¡bajad por esa escala!

Odió tener que soltarla pero, con la ayuda del marino, pronto pudo verla cómodamente sentada en el bote.

Entonces escuchó el bramido del incendio y cuando se dio la vuelta vio que el zafio al que había tirado a cubierta se lanzaba sobre él. En ese momento la enorme vela blanca se rasgó liberándose de las jarcias. El grueso mástil se partió en dos.

Desde el pequeño bote, que esperaba que se hallara a suficiente distancia como para estar a salvo, le llegó un sonido que le desgarró el alma. Leah gritó su nombre.

Leah se acurrucó bajo la capa, con los ojos cerrados y la garganta rota, ajena a todo excepto al horroroso recuerdo de los últimos instantes de vida de un hombre galante.

El hombre al que Geoffrey acababa de lanzar a cubierta le atacó justo en el momento en que cayó el mástil y el barco se inclinó hacia un lado. No había vuelto a verle. Aterrorizada, gritó su nombre, pero no creyó que pudiera oírlo

por encima del ruido atronador cuando el barco sentenciado se prendió fuego y se rompió en pedazos.

En este momento ya todo se hallaba en silencio, excepto por el ruido del agua contra la embarcación y el sonido de los remos del marinero. Remaba lentamente, en círculos, buscando supervivientes sin encontrar ninguno. Nadie hablaba, demasiado atónitos para pronunciar palabra, todos agradecidos por encontrarse con vida.

Leah tenía la esperanza de que Geoffrey hubiera abandonado la nave de algún modo antes de que se hundiera bajo la superficie. Tal vez había saltado y le había recogido uno de los otros botes. Alzó la cabeza y dirigió la mirada a la orilla, aún borrosa a causa del humo. El joven no sería capaz de recorrer esa distancia a nado, ¿verdad?

Tenía la esperanza de que se reuniera con ella en la orilla, pero no creía que sucediera.

Lo más probable es que le hubiera salvado la vida para luego perder la propia y ella no podía ahogar la certeza de que, de no haber sido por su causa, él seguiría vivo.

Aquel hombre alto, de anchos hombros, con una imperiosa mandíbula cuadrada e inteligentes ojos azules, se había apoyado en la batayola, pálido como la leche, su falta de color en agudo contraste con su largo cabello negro y su túnica verde esmeralda. Mareado y completamente decidido a vencer su debilidad.

Si ella se hubiera preocupado de sus asuntos, tal vez él no se hubiera sentido obligado a actuar como su protector y así se habría salvado. Por eso se encontraba ella a salvo en un bote y Geoffrey no, y eso no era justo.

—Los otros botes se dirigen a la orilla—comentó uno de los otros ocupantes en voz baja—. Tal vez debiéramos hacer lo mismo.

Saliendo de su tristeza, Leah miró las otras dos embarcaciones, esperando atisbar una túnica verde esmeralda, pero fue en vano. Era cierto, los botes se dirigían a la costa, buscando el rumbo con cuidado entre los restos dispersos de la galera.

Nuevas lágrimas se acumularon en sus ojos amenazando con derramarse. Se aclaró la garganta y se dirigió al marinero que manejaba los remos.

—Una vez más, os lo suplico.

La expresión del marino reflejó lo que todos pensaban. No había esperanza, era inútil seguir buscando por más tiempo. Todos sabían a quién buscaba, al hombre vestido de verde esmeralda que la había abrazado antes de ayudarla a trepar por la borda y descender la escala. Geoffrey, cuyo nombre había gritado una y otra vez cuando él desapareció de la vista.

Si los seis hombres que se apiñaban en el bote la consideraban digna de lástima, pues que así fuera. No podía dirigirse a la costa sin asegurarse de que se hiciera una búsqueda a fondo. Si algún día, por un milagro, conocía a su hermana, podría decirle con certeza que se había hecho todo lo posible por encontrar a su intrépido hermano muerto en el mar.

—Os lo suplico. Geoffrey sabe nadar.

El marinero no contestó, sino que se limitó a dar la vuelta al bote y dirigirlo hacia donde se había hundido el barco. Para alivio de Leah, nadie puso objeciones.

La mortandad había sido terrible.

Fragmentos de mástil, un amasijo de cuerdas y jirones de la vela, mezclado con objetos que flotaban: barriles, cajones y tablas hechas astillas. Un caballo con las crines chamuscadas luchaba por nadar hacia la orilla.

Y los hombres... Dios bendito, los hombres... muertos, muchos de ellos horriblemente quemados, pero ninguno iba vestido de verde esmeralda.

Leah luchó contra el impulso de cerrar los ojos para no presenciar la destrucción. El marinero remaba, ella y sus compañeros buscaban. La tarde se iba yendo, y pronto se hizo evidente que debían dirigirse a la costa o arriesgarse a que cayera la noche. Con el corazón dolorido, Leah no volvió a rogar cuando dieron una vuelta completa sin encontrar rastro de supervivientes. Ni de Geoffrey.

El marinero remó con mayor ímpetu y alcanzó más velocidad. El hombre sentado tras ella le colocó una mano en el hombro y se inclinó hacia ella.

—Mirad, señora, vienen barcos. Tal vez ellos encuentren a vuestro Geoffrey.

Dos naves salían del puerto con brillantes faroles. Harían descender botes, transportarían a los muertos y toda la carga que se pudiera salvar. ¿Podrían rescatar a ese caballo al que había perdido de vista? Así lo esperaba ella.

Cuanto más se acercaban a la orilla, menos restos encontraban. Un barril, un trozo de la batayola, una plancha... Se trataba de un amplio fragmento de la tablazón que flotaba en el agua y al que se aferraba un hombre vestido de verde, estaba segura. El corazón le saltó en el pecho, casi impidiéndole hablar.

—¡Ahí! ¡A la derecha! —Incapaz de sentarse quieta, se incorporó y gritó—: ¡Geoffrey!

El hombre sentado a su lado le agarró la mano, pero no para hacer que se sentara, sino para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¡Geoffrey!

El hombre tendido sobre la tablazón no respondió ni se movió.

Con la ayuda de los hombres sentados delante, el marinero se fue acercando hasta colocarse junto a la plancha, al lado del hombre tendido bocabajo en ella, demasiado quieto, con una pierna doblada en un ángulo inquietante.

Leah se mordió el labio inferior. Sus manos temblaron. Un hombre en la proa confirmó su esperanza más anhelada.

—Es Geoffrey, señora. Aún respira, pero parece malherido.

Malherido, pero vivo.

Dos hombres se quedaron en calzones y se dirigieron a un lado del bote.

—¡Santo Dios! —suspiró uno de ellos en el aire nocturno—. ¿Cómo diablos vamos a conseguir trasladarle al bote sin provocarle más daño?

—¿Podéis vos enderezarle el brazo? —preguntó el otro—. Cuidado con esa pierna.

A Leah se le encogió el corazón mientras los hombres trabajaban lentamente para enderezar los miembros del joven y, aún así, le arrancaron un largo y dolorido gemido. Después se hizo el silencio.

—Necesitamos algo para abrigarle.

—¿Servirá mi capa? —preguntó Leah al tiempo que desataba las cintas.

Con gran cuidado, quienes rescataban a Geoffrey extendieron la prenda sobre la resbaladiza tablazón, luego dieron la vuelta al joven hasta que quedó situado encima y le envolvieron en ella.

Con mucho esfuerzo coordinado para empujar y mantener la barca en equilibrio, los hombres alzaron al herido hasta el bote y le tendieron en el fondo.

Leah se acomodó en su asiento al tiempo que se inclinaba para sentir la respiración poco profunda del joven. Más tranquila, apartó un mechón de cabello negro de la frente, lo que reveló una herida que requería sutura. Ya se le había formado una gran contusión que se había vuelto de un feo e intenso color morado.

Malherido sin duda, pero vivo. Necesitaba desesperadamente los cuidados de un médico, pero respiraba. Sus heridas eran abundantes y profundas. Estaba muy frío e inquietantemente pálido.

Leah se frotó los brazos para protegerse del frío, sabiendo que le esperaba una larga noche. Primero tendría que asegurarse de que Geoffrey recibía los cuidados que necesitaba, luego tendría que buscar cobijo para la noche. Mañana habría tiempo suficiente para preocuparse por cómo volver a casa con su padre, sin duda decepcionado con ella, y con su normalmente arisco hermano.

Había abandonado Ruán sólo con la ropa que llevaba puesta y el portamonedas de Bastian, sin pensar más que en regresar al hogar que nunca debió haber abandonado.

Gracias al hombre envuelto en su capa, se encontraba viva y a salvo, capaz de llevar a cabo cualquier plan que se le ocurriera para lidiar con sus problemas. Sin embargo, sus penalidades palidecían al compararlas con las de Geoffrey. Él se dirigía también a su casa para asistir a la boda de su hermana.

Tal vez esa hermana u otro miembro de la familia se hallaban ahora en el muelle, esperando noticias del destino

del joven. Eso sería lo mejor que podía pasar. Ya tenía suficientes problemas propios sin asumir los de nadie más, incluso si ese alguien le había salvado la vida.

Los hados se mostraban a menudo crueles y en ocasiones tratar de controlar el propio destino resultaba un desastre. Bastaba ver cómo ella había arruinado el intento de cambiar un sino por otro.

Probablemente no podría influir en el destino de Geoffrey más de lo que había podido controlar el suyo propio, pero haría todo lo que estuviera en su mano para darle un empujón en la dirección correcta.

Capítulo 2

Varias horas después, Leah se hallaba sentada junto al jergón de Geoffrey en el gran almacén del muelle que se había dispuesto para acoger a las víctimas del naufragio. Aunque húmedo y oscuro, el edificio de madera con suelo de tierra les proporcionaba un techo y un lugar para que estuvieran juntos no sólo los supervivientes y los doctores que habían tratado a los heridos, sino también los amigos y familiares que buscaban noticias de sus seres queridos.

Nadie había preguntado por Geoffrey, que dormía mientras fue atendido y que, según le advirtieron los doctores a Leah, tal vez no volviera a despertar.

Dios bendito, se encontraba muy malherido.

Ambas piernas, fracturadas, habían sido entablilladas. Una banda de lino blanco le envolvía el pecho para proteger sus costillas rotas. Un ungüento espeso y oloroso le cubría las quemaduras de los brazos y las piernas. Las feas y profundas heridas de la frente y en la parte trasera de la cabeza habían sido suturadas con limpieza. Una marca de óleo, colocada por un sacerdote entrometido a pesar de las protestas de Leah, relucía en su frente.

Descorazonada, deseando poder hacer *algo* por él, volvió a ajustar la ligera manta de lana que le cubría hasta la cintura.

Su piel morena se extendía tersa sobre los músculos firmes y sólidamente definidos de su pecho y hombros, conteniendo la fuerza que ella tan bien recordaba de su penosa experiencia a bordo del barco. Esa fuerza a la que probablemente había recurrido para conseguir alzar su cuerpo severamente herido hasta una tabla salvavidas. ¿Le quedaría la suficiente para mantener los latidos de su corazón durante mucho más tiempo?

Los doctores habían declarado que era un milagro que viviera tanto tiempo. Le habían forzado a tragar infusión de amapola para mitigar el dolor en caso de que volviera en sí, pero dudaban de que sobreviviera mucho más antes de sucumbir a sus numerosas heridas.

No había esperanza, habían asegurado. No quedaba más que esperar. Rezando para que estuvieran equivocados, Leah esperaba.

No habían cuestionado su derecho a mantenerse cerca de Geoffrey mientras le atendían, simplemente habían asumido que les unía algún tipo de parentesco. Todo lo que verdaderamente sabía de él es que era fuerte y valeroso y que en su portamonedas no llevaba más que algún dinero y una llave, que el doctor le había entregado para que guardara.

Temiendo que a alguien se le ocurriera la idea de echarla del almacén al saber que apenas le conocía, les dejó creer lo que quisieran.

Si Geoffrey nunca recobraba la conciencia, si no le decía cómo contactar con su familia, no podría relatarle a su hermana su lucha por vivir. No podría darle las gracias por salvarle la vida.

Deslizó su mano bajo la de él, teniendo cuidado con sus quemaduras y se inclinó para hablarle suavemente al oído:

—Debéis despertar, Geoffrey. ¿Cómo voy a saber qué hacer con vos si no me dais alguna indicación? Tengo que saber vuestro nombre completo, o mejor incluso, dónde encontrar a vuestra hermana.

Geoffrey no se movió. Leah resistió las ganas de moverle, sabiendo que si lo hacía, lo más probable es que le causara más daño.

—Sé que os debe doler muchísimo. Juro que no os abandonaré aquí, pero tenéis que ayudarme.

No hubo respuesta, ni siquiera el aleteo de una pestaña o el movimiento de un solo dedo. Leah se echó hacia atrás y se frotó los cansados ojos, sin saber qué más hacer.

—Vuestra capa, señora.

Sorprendida por la voz femenina, Leah alzó la vista hacia la señora Thatcher, una de las muchas mujeres de la ciudad que se habían ocupado de socorrer a las víctimas del naufragio proporcionándoles comida y bebida y ocupándose de pequeñas tareas. La joven tomó la capa, ya seca y calentada al sol. Asombrada por la calidez, miró hacia las puertas abiertas de la nave. Había amanecido un nuevo día y ni siquiera se había dado cuenta.

—Muy agradecida. ¿Y la túnica de Geoffrey?

—Me temo que no se podía arreglar. Seguramente podremos encontrar algo que ponerle... cuando llegue el momento. —La señora Thatcher se agachó al otro lado del jergón—. ¿Cómo está?

—Igual que cuando os fuisteis. Malherido, pero aún con vida.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Y vos, señora? ¿Habéis conseguido dormir algo?

Leah negó con la cabeza. Había pensado en dormir un poco, pero le preocupaba que Geoffrey pudiera morir si dejaba de velarle. Era ridículo creer que su vida dependía de mantener la vigilia, pero así era.

La señora Thatcher colocó su mano en la frente del joven.

—No tiene fiebre. Eso es buena señal. —Sonrió—. Los ángeles deben velar por él.

—Dejadles que velen, mientras le permitan que siga viviendo.

La sonrisa se hizo más amplia.

—Planeáis espantar a los ángeles si se acercan demasiado, ¿eh?

—Mientras pueda.

—En ese caso, necesitaréis descanso y alimento. —Hizo una señal con la cabeza hacia la puerta—. Fuera hay comida y cerveza. Tampoco os vendrá mal un poco de sol. Id. Yo me quedo de guardia.

Leah miró a Geoffrey. La comida y la luz del sol le atraían poderosamente, pero se resistía a dejarlo, incluso al cuidado de otra persona.

—Id, señora, o habrá que llamar a los doctores para atenderos a vos.

A desgana, pero encontrando sensatez en la insistencia de la señora Thatcher, Leah cubrió a Geoffrey con su capa, con cuidado de no tocar sus brazos quemados.

Las piernas casi no le obedecían, la cabeza le daba vueltas por falta de sueño y de alimento. Un breve paseo y un poco de pan le aliviarían la rigidez de los miembros y el mareo. El sueño tendría que esperar un poco más.

La señora Thatcher se sentó junto al joven y movió una de las cintas de la capa a donde *ella* pensaba que debía estar.

Leah apagó al momento el arrebató de furia inmotivada. La mujer se había limitado a mover la cinta, no había usurpado su lugar. Un lugar que ella sólo ocupaba porque no había nadie más para ocuparse del hombre con quien tenía una gran deuda.

—Me haréis llamar si... —Leah no pudo decir en alto lo que temía que pudiera suceder en su ausencia.

—Sí, señora. Enviaré a uno de los muchachos.

Éstos asistían a los doctores. Era a ellos a quienes los médicos enviaban a buscar a los sacerdotes con sus santos óleos y sus últimas plegarias. A menudo esos hombres por los que los religiosos oraban expiraban poco tiempo después.

Leah se fue abriendo camino entre los jergones de los heridos, apretó el paso al pasar junto a las limpias filas de muertos envueltos en sudarios y salió a la brillante luz del sol y al olor penetrante de la fresca brisa marina.

Calor en su pecho frío. Lavanda mezclada con aire salino. Ambos reconfortantes. Algo faltaba. La voz de la mujer. Esa voz suave y dulce le había devuelto más de una vez desde el borde de un pozo infernal.

Aún estaba oscuro, pero no le daba miedo. El horror acechaba en el borde del pozo, pero ya no amenazaba con hundirle y arrastrarle a las profundidades.

No se atrevía a moverse o a gritar. Lo había intentado una vez y eso le había sumido en un tormento atroz. Más

valía quedarse quieto y en silencio, flotando en esta esponjosa nube hacia... ¿dónde? No lo sabía y, por el momento, no importaba.

Dondequiera que estuviera, se hallaba a salvo. Si se alejaba demasiado, seguramente ella le llamaría de vuelta.

¿Ella? Sí, era una voz de mujer, una voz que conocía. ¿De quién?

Pensar le dolía. Todo le dolía. ¿Dónde estaba ella? ¿No sabía que sin ella perecería? ¿Cómo podría saberlo si él no se lo decía?

Puso a prueba la muralla del tormento, empujándola suavemente. El dolor le golpeó con fuerza, pero no era tan intenso como antes. Había sobrevivido a cosas peores, podía aguantarlas de nuevo porque no le quedaba opción.

Tenía que atravesar el muro para llamarla *a ella*.

Las llamas se alzaron, el fuego le cegó, mofándose de su debilidad. Un miedo sobrecogedor estuvo a punto de acabar con su decisión. Siguió golpeando contra la muralla, con los puños envueltos en llamas, a medida que se incrementaban el dolor y el miedo. Un ruego gutural pidiendo la liberación resonó en su cabeza.

¿Dónde estaba ella?

El muro se desplazó, empujándole de vuelta a través del corazón del fuego, de vuelta hacia el pozo infernal.

Con sus fuerzas consumidas y su voluntad debilitada, volvió a darle un último empujón a la muralla. Ésta se detuvo, pero sabía que volvería a moverse y él no sería capaz de detener su avance sin ayuda.

Y sin ella.

Leah absorbió profundamente la luz del sol.

Un pastel de carne y un corto paseo le animaron el cuerpo; la luz del sol le reconfortó el espíritu. Que ella recordara, nunca se había sentido tan cansada, nunca había pasado tantas horas sin dormir.

El Canal se hallaba en calma y el agua, suave y tranquila, reflejaba la luz del sol. Tan distinto del día anterior.

Había oído a uno de los marineros decirle a un pasajero que se estaban haciendo pesquisas para averiguar qué había sucedido bajo cubierta para que la galera se hundiera. A ella, la verdad, no le importaba, simplemente se alegraba de que la pesadilla hubiera acabado y de haber sobrevivido.

En el muelle se veían fragmentos rescatados del barco hundido en medio de los barriles, cajones y baúles recogidos del mar. Todo pertenecía a alguien, bien al armador, a los mercaderes y agentes o a los pasajeros.

Ella no tenía nada que reclamar. ¿Y Geoffrey? ¿La llave que había en su bolsa serviría para el cerrojo de alguno de los baúles? De ser así, debería reclamarlo en su nombre. Tal vez en el interior encontrara algo que ofreciera una pista para localizar a su familia.

Leah se volvió al escuchar a alguien que corría. Un muchacho. Para su temor, se detuvo junto a ella.

—Señora, dice la señora Thatcher que vayáis rápidamente.

Tratando de mantener la calma, sin dejar de repetirse que tal vez la señora Thatcher tenía otros deberes que la apartaban del lado de Geoffrey, respondió a la llamada con tanta rapidez como le permitía el cansancio.

La señora Thatcher la saludó con una sonrisa.

—Se ha movido, señora. Apenas una sacudida de un dedo y un temblor de los labios, pero se ha movido. —Se incorporó. Leah se sentó en el lugar que había quedado vacío—. Creo que os echaba de menos —añadió con un guiño.

Una idea ridícula, pero una noticia alentadora. Leah deslizó su mano bajo la palma de Geoffrey.

—¿Me podríais enviar a un doctor?

Con un asentimiento de cabeza aceptó la petición.

—¿Habéis comido algo?

—Sí. Os agradezco vuestra amabilidad.

—No ha sido mucho. Ojalá pudiera hacer más pero...

—La mujer se encogió de hombros—. Os buscaré a un médico. Puede que lo peor ya haya pasado y podáis descansar un poco.

Verdaderamente sería maravilloso que lo peor ya hubiera pasado y que el joven tuviera mejores posibilidades de recuperarse. Ojalá se moviera otra vez y le hablara.

Se inclinó hacia su oído y le habló suavemente:

—¿Geoffrey?

Él no se movió, no contestó.

—La señora Thatcher me ha contado que habéis movido la mano y que habéis tratado de hablar. ¿Podéis hacerlo otra vez?

¿Era su imaginación o había movido las pestañas?

—¿Podéis despertar? Tengo que saber cómo hacer llegar noticias a vuestra familia. Vuestra hermana se estará preguntando dónde os encontráis.

Para asombro de Leah, los ojos de Geoffrey se abrieron suavemente. Su arrebató de gozo se desvaneció al ver la agonía que llenaba los oscurecidos ojos azules. Sufría intensamente, le embargaba un dolor profundo.

Leah trató de contener las lágrimas. Tenía que hacerle ciertas preguntas, necesitaba respuestas. Excepto que no podía soportar el tormento de Geoffrey.

Como si él supiera que su dolor la afligía, volvió a caer dormido.

El médico, un anciano de ojos bondadosos, se apoyó en una rodilla al otro lado del jergón.

—¿Ha despertado?

Leah se enderezó y consiguió hablar.

—Lo ha intentado. Es buena señal, ¿verdad?

El doctor suspiró.

—El efecto de la amapola se debe de estar atenuando. Os enviaré otra ampolla. Señora, no debéis interpretar el que se haya movido como una señal de que se va a recuperar. Es sólo que el dolor le empuja a despertarse, nada más.

—Pero seguramente...

—Esperad, señora. —El médico clavó en ella sus ojos firmes—. Vuestro Geoffrey se encuentra más allá de toda esperanza. Sufre numerosas heridas y demasiado graves. Sólo los golpes de la cabeza deberían haber acabado con él. Tal vez viva algunas horas más o unos pocos días, pero debéis prepararos para su muerte.

La joven hizo un gesto de dolor y frunció los labios ante lo definitivo de tales declaraciones.

—Os pido perdón por mi brusquedad —comentó el galeno—, pero no debéis aferraros a falsas esperanzas. Me atrevería a decir que tal vez despierte, puede que incluso consiga decir algunas palabras, pero en todos mis años de médico, nunca he visto a nadie recobrase de heridas tan severas. Esto sería más clemente, a mi modo de ver. Por los golpes de la cabeza, me temo que su cerebro se halle

seriamente dañado. Más vale morir que vivir sin juicio. —Paseó la mirada por el lugar—. También debéis prepararos para trasladarle pronto. Los dueños del almacén desean volver a hacerse cargo de él mañana a mediodía. Se espera la llegada de algunos barcos y se necesita el espacio para la carga.

¿Llevar a Geoffrey adónde? No conocía a nadie en la ciudad que pudiera acogerle. Un posadero seguramente no querría alquilar un cuarto a alguien que estaba a punto de morir. Sin reaccionar, Leah miró cómo se incorporaba el médico.

—Podrías pensar en contratar a un carretero para llevarle a casa —sugirió—. Tal vez fuera lo mejor.

Excepto que ella no tenía idea de dónde se encontraba el hogar de Geoffrey y, en cuanto a llevarle a Pecham, ni pensarlo. Imposible. Su padre pondría el grito en el cielo. Por supuesto, de todos modos la reprendería por escaparse con Bastian y tener luego el descaro de regresar a casa deshonorada. Su hermano también tendría bastante que decir a este respecto, sin gritar pero con mayor mordacidad.

Le dolía la cabeza. Le dolía el corazón.

Inclinó su cansado cuerpo y posó la cabeza junto a la del joven.

—Ay, Geoffrey, ¿qué voy a hacer con vos?

No obtuvo respuesta.

Las llamas desaparecieron. El pozo se cerró.

La voz estaba callada, pero se hallaba cerca.

A él no le importaba quién era ella o por qué se quedaba, siempre y cuando permaneciera cerca.

Había conseguido vislumbrar a la dama de forma borrosa. Era muy bella, como sabía que sería por el sonido de su voz.

Le dolía por todas partes, pero podría soportarlo.

Ella deseaba que despertara. Trataría de darle gusto. Aún no le resultaba posible, pero pronto. Pronto.

Geoffrey sobrevivió a la noche. Nadie llegó preguntando por él y debía ser trasladado del almacén.

Leah no vio otra opción que llevárselo con ella a Pecham. Ciertamente hubiera preferido no hacerlo. Sólo complicaría más lo que seguro iba a ser un desagradable regreso a casa.

Además, transportarlo en un carro por caminos desiguales, llenos de roderas que le harían saltar, seguramente no podía ser bueno para él. El viaje podría matarlo. Pero, por otro lado, el doctor se sentía muy seguro de que su muerte era inminente. ¿Qué importaba si moría en el suelo de un almacén o en el lecho de un carro?

Pero por Dios, ¿qué derecho le asistía a ella de asumir la responsabilidad del destino de otra persona cuando tan alegremente había arruinado el suyo propio?

Con todo, Geoffrey le había salvado la vida. No podía abandonarlo a un cuidado incierto.

Siguiendo el consejo de la señora Thatcher, contrató a un carretero llamado Alvin, un hombre de edad mediana cuyo velludo rostro y pesado porte le recordaron a un oso. Una vez aceptó un precio justo por el servicio y vio que el carro era sólido y los bueyes fuertes, sacó de la manga la limosnera del joven y le dio la llavecita al carretero.

—Cuando estuve fuera ayer, vi varios baúles en el muelle. Tal vez el de Geoffrey haya sido recuperado.

—¿Cómo es?

Leah no sabía si Geoffrey poseía un baúl y mucho menos qué aspecto tenía pero, de ser así, quería recobrarlo, aunque no fuera más que por la ropa para poder vestirlo.

—No estoy segura. Tendréis que probar la llave.

Alvin la miró de un modo extraño y luego se alejó despacio para obedecer sus órdenes. Para alegría de Leah, regresó en menos de una hora trayendo un baúl de roble, cuyas tiras de hierro y cerrojo estaban comenzando a oxidarse.

El carretero lo dejó en el suelo a los pies de Geoffrey con un ruido y le tendió la llave.

—Casi todo el contenido está mojado, por supuesto.

Leah se arrodilló, lo abrió y encontró justo encima lo que más buscaba, la ropa. Una larga túnica de terciopelo azul oscuro. Una camisa color marfil manchada en ciertas partes de tinte marrón. Un par de calzas negras.

Geoffrey no tenía necesidad de ellas mientras sus piernas siguieran entablilladas. Tampoco vio ningún tipo de calzado para reemplazar a sus botas, que se habían estropeado. No es que lo necesitara en este momento.

La larga túnica podría ser la última prenda que usara.

Apartando el morboso pensamiento, recogió las prendas empapadas y se las tendió a Alvin.

—Por favor, dáselas a la señora Thatcher y pedidle por favor que las ponga a secar, si no le importa.

—No queda mucho tiempo y tendréis que prepararle para el viaje.

—Entonces, por favor, daos prisa.

Cuando el carretero se marchó, comenzó a sacar todo el contenido para permitir que el baúl y las posesiones de Geoffrey se secaran tanto como fuera posible. Trató de no pensar en que al joven seguramente sus pertenencias ya no iban a servirle de nada.

Una bolsita de cuero contenía una cuchilla como las que los hombres usaban para rasurarse, una piedra de amolar, un cuchillo más pequeño y dos tallas de caballos, una de ellas sin terminar. Las tallas mostraban su habilidad, los caballitos eran sólidos y sin embargo estaban esculpidos con todo detalle. ¿Se trataba tal vez de juguetes infantiles?

¿Para sus hijos?

Había aludido a una hermana, pero no a una esposa o hijos. No resultaba descabellado que estuviera casado y tuviera descendencia. Pero no era probable. También había mencionado que estudiaba en París. Los estudiantes no solían casarse hasta después de adoptar una profesión y estar en disposición de ganarse la vida.

Del fondo del baúl, Leah sacó un bulto pesado y grande envuelto en una lona encerada y atado con bramante. Supo sin ningún género de duda que el paquete contenía libros, que Geoffrey claramente se había tomado muchas molestias para proteger. De todo lo que contenía el baúl, esto era lo que debía valorar más.

Incapaz de desatar el húmedo cordel, deslizó la cuchilla de tallar por debajo, lo cortó y abrió cuidadosamente la lona.

Sobre los libros se encontraba otra bolsita de cuero, húmeda en los bordes, que olía a lavanda. Dentro había dos pastillas de fino jabón francés cuyos bordes estaban ligeramente gastados.

Los tres volúmenes encuadernados en piel también mostraban señales de haber sufrido por efecto del agua de mar. Usó el dobladillo de su vestido para secar los bordes lo mejor que pudo. Una vez hubo terminado, deslizó un dedo por las palabras impresas en oro en el lomo de uno de los libros.

El idioma, pensó, era francés. Pero ¿y el tema? La verdad, no estaba segura, pues sólo sabía leer unas pocas palabras en esa lengua. En cuanto a los otros dos volúmenes, ambos estaban escritos en lenguas que le resultaban completamente extrañas, pues las exóticas letras parecían símbolos.

Geoffrey debía de ser un hombre muy culto para ser capaz de leer y comprender varios idiomas. ¿En qué se habría especializado en sus estudios? ¿Qué profesión esperaba ejercer? Tal vez nunca llegaría a saberlo, no si el médico tenía razón, y Leah no tenía motivo para dudar de su dictamen.

Cada objeto del baúl le decía algo sobre el hombre pero, por desgracia, nada le proporcionó información sobre cómo enviarlo a casa.

Extendió la tela encerada para envolver de nuevo los libros, luego se detuvo al notar en uno de ellos una hoja de pergamino doblada que marcaba una página.

Abrió el texto con cuidado y sacó el pergamino.

Escrito nítidamente con letra audaz, las palabras cubrían casi toda la página, pero su significado desafiaba la comprensión de la joven. Probablemente era francés, probablemente era la letra de Geoffrey, probablemente anotaciones sobre el tema del libro, cualquier cosa.

Frustrada, volvió a colocarlo en su lugar y cerró el libro con brusquedad, irritada por su falta de formación más allá

de las pocas palabras y conocimiento de números necesario para llevar las cuentas caseras del castillo. Pero claro, hasta este momento no había tenido necesidad de saber más que lo que una mujer había menester para llevar una casa.

Su padre sabía francés, una habilidad necesaria para hacer negocios con la nobleza del reino. Tal vez, dependiendo de si le permitía entrar en Pecham, podría pedirle que echara un vistazo al libro y satisfacer así su curiosidad.

Mientras devolvía las pertenencias del joven al baúl, Leah apartó de su mente los pensamientos desagradables sobre lo que podría suceder cuando llegara ante las puertas de Pecham. Más valía que se centrara en prepararse y disponer a Geoffrey para el largo viaje.

Al dueño del almacén le había comprado un jergón y una manta. Del médico consiguió un ungüento para las quemaduras del joven y varias ampollas de agua de amapola, así como cuidadosas explicaciones sobre cómo usarlas.

Casi a mediodía, ayudada por la señora Thatcher, Leah le puso la túnica a Geoffrey con todo cuidado y después miró cómo entre varios hombres le transportaban a él y a su baúl hasta el carro.

Cuando todo estuvo dispuesto a su gusto, se volvió hacia la señora Thatcher y le tomó las manos.

—Os agradezco vuestra amabilidad. Habéis hecho que este desagradable momento me fuera mucho más soportable.

La señora Thatcher le apretó las manos.

—Os esperan tiempos más difíciles en las jornadas venideras.

La muerte de Geoffrey le resultaría insoportable. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, pero se negó a dejarlas correr. Daría rienda suelta al dolor cuando llegara el momento.

—No me cabe duda. ¿Puedo pedirlos aún un favor más?

—¿De qué se trata?

—Tenía la esperanza de que un miembro de la familia de Geoffrey acudiera a Dover a esperar el barco. Debería hacer saber a alguien que lo llevo a Pecham, pero no estoy segura de quién sea esa persona.

La señora Thatcher lo pensó por un momento antes de responder:

—Yo podría informar a los taberneros de aquí, de los muelles. De esa forma nos aseguraríamos de que casi todo el mundo en la ciudad se enterara, incluso las autoridades y los jefes de gremio. ¿Dónde está Pecham?

—En la costa norte de Cornualles, cerca de la Abadía de St. Cleer.

—No es difícil de recordar. Id con Dios.

Tras un abrazo de despedida, Leah subió al lecho del carro para sentarse junto a Geoffrey. Alvin tiró de las riendas de los bueyes para dirigirse a la salida de la ciudad. El vehículo avanzó con potentes sacudidas a lo largo del camino que bordeaba el puerto.

El cuerpo del joven se meció con el movimiento, protegido por el jergón, inconsciente del duro viaje.

Leah se maravilló de lo rápidamente que habían desaparecido los restos del naufragio. ¿Fue sólo la mañana anterior cuando había inspeccionado los restos dispersos por el muelle? Se los había llevado la marea, como si el desastre nunca hubiera tenido lugar. Como si no hubieran muerto hombres apenas más allá de la bocana del puerto.

Ya en las afueras de la ciudad, solo y desamparado tras un muro de piedra, se hallaba un caballo que Leah reconoció inmediatamente. Era el de las crines chamuscadas

que había visto nadando hacia la orilla mientras buscaba a Geoffrey.

Regocijada, gritó:

—Alvin, deteneos un momento.

El carro se detuvo. Leah bajó de un salto y corrió hacia el muro. La delicada yegua mostraba otras señales de su lucha por sobrevivir. Rasguños y quemaduras desfiguraban su pelo castaño. Un corte atravesaba la marca blanca del hocico. Tenía un ojo cerrado a causa de la hinchazón. A pesar de las heridas, la yegua se recuperaría con los cuidados adecuados.

Desde la casita próxima se acercó lentamente una rolliza campesina.

—Da pena verla, ¿no es verdad?

Para Leah, que había visto más muerte y sufrimiento en los últimos días de lo que le gustaría recordar, el animal poseía un aspecto bellísimo.

—Ha sufrido mucho. ¿Cómo ha llegado a vos?

La mujer se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Mi esposo fue a la ciudad y volvió con ella. Dijo que nadie la reclamó —resopló—. Y no me extraña. No quiere comer y no puede trabajar. Es carne de matadero.

¿Matadero? Leah sofocó un grito ofendido. ¡Que caballo tan noble encontrara un final tan indigno! Acarició el hocico suave y cálido del animal. Aún le quedaba fuerza y un buen corazón. Todo lo que necesitaba era buenos alimentos y cuidados, el tipo de cuidados que su padre se deleitaría en proporcionar a un caballo de clase.

Leah casi de un grito de alegría por la idea que se le acababa de ocurrir. Tras sumar a toda prisa las monedas que quedaban en las dos limosneras ya bastante vacías que

cargaba, sonrió. Los fondos de Bastian iban a permitirle congraciarse de nuevo con su padre.

Con toda la calma que pudo aparentar, preguntó:

—¿Estaríais dispuesta a vender el caballo?

La campesina arqueó una ceja.

—Bueno, señora, ¿de qué os serviría...?

—¿Bastarían seis chelines?

—Ese jamelgo no vale...

—¿Cinco, entonces?

—Seis.

—Trato hecho —contestó Leah, sellando el trato.

Luego se volvió al carretero, que permanecía junto a sus bueyes—. Alvin, ¿tenéis una cuerda para atar mi caballo al carro?

Sus ojos se agrandaron por la sorpresa, pero tomó una cuerda mientras Leah completaba la transacción, lo que dejó el portamonedas de Bastian casi vacío. Con la cuerda en torno al cuello de la yegua, Alvin la condujo con suavidad por la puerta en dirección al carro. La campesina, sonriendo satisfecha por la buena venta, se sintió obligada a acompañarlos. Su sonrisa se desvaneció al mirar al carro.

—Ah, sois vos —exclamó.

Confundida, Leah preguntó:

—¿Cómo?

—A mi marido no le gusta traer y llevar chismes, pero me contó lo que la gente anda diciendo en la taberna. No hay nadie en todo Dover que no haya oído vuestra historia, supongo.

Leah se encontró de pronto envuelta en un abrazo.

—Que el Señor os dé fuerzas y vele por vos y por vuestro esposo. Es una lástima, ciertamente, que alguien tan

hermoso y tan valiente muera tan joven. Un verdadero héroe. Os tendré presentes en mis plegarias.

¿Esposo? ¿Héroe?

Alvin hizo la señal de la cruz.

—Amén.

Asombrada, Leah se dio cuenta de que mientras ella atendía a Geoffrey en el almacén, las víctimas del naufragio se habían convertido, de forma espontánea, en el tema de chismorreos en la ciudad. Al parecer, sus habitantes habían oído de las acciones del joven a bordo de la nave y de su penoso estado actual. A Leah se le había asignado el papel de doliente esposa. Así se construían las leyendas.

Se le ocurrió negar su participación en la leyenda de Geoffrey pero, por alguna razón, hizo caso a una pequeña vocecita que le conminaba en un susurro a dejar las cosas como estaban.

—Mis agradecimientos —musitó.

Alvin se dirigió a los bueyes, Leah subió al carro y miró al hombre que, involuntariamente, se había convertido en el héroe de la ciudad y estuvo a punto de jurar en alto.

Verdaderamente, Geoffrey iba a necesitar todas las plegarias que pudiera conseguir. Sus mejillas ardían de fiebre.